

Hoy he abierto el misterio

Durante más de dos meses me he resistido a abrirlo. Tenía sobre la impresora, negra, el libro de Helena Fernández-Cavada. Encima del libro, un protector de fieltro fino negro. El libro me miraba con ganas de ser abierto. Yo me resistía. Quería encontrar el momento ideal, ese momento ideal que nunca llega. Quería estar en sintonía con un interior que conocía porque ella me lo había enseñado, pero tenía la impresión de que cuando lo abriese el misterio renacería, volvería a ser un libro nuevo, único, incomparable, como la primera vez que lo vi. Han sido dos meses de miradas de soslayo, guiños, caricias, coqueteos. Y hoy, al fin, le he declarado mi amor. Pero esto no hace morir el misterio. El misterio es que ha vuelto a sorprenderme, ha vuelto a enamorarme, ha vuelto a decirme que hay tantas cosas por hacer en el mundo como para no parar de hacerlas... salvo, de cuando en cuando, para echar una siesta.

No me gusta dormir la siesta. Detesto la sensación de desaprovechar el tiempo que me produce dormir, pero sé que es una de esas estupideces que tengo, esas obsesiones fruto de la cultura, como dice Helena, del 24x7. A veces parece que quisiera olvidarme de que tengo un cuerpo que sufre, duele, siente y padece... y goza y se recrea en su propia sensualidad y respira y mantiene y come, saborea, degusta, se estira, se contrae, se cura, se ... se, se... pero no es algo impersonal, sino todo lo contrario: el cuerpo es quizá lo más personal que podemos imaginar. Nuestras heridas se marcan en él, nuestra historia se escribe en él, nuestro estado se muestra en él, nuestra calma nos la proporciona él. Y yo no le hago caso.

Pero me resulta sobrecogedor lo que leo en sus textos sobre la utilización de píldoras para no dormir heredadas del negocio de la guerra y recuerdo la tentación que pudo haber supuesto el uso de anfetaminas o semejantes artificios para evitar el sueño, para mantenerse despierto más allá de los límites.

Por concluir mi absurda perorata contra la siesta, diré que unas veces me acuerdo del texto del Primer Manifiesto Surrealista en el que Breton evoca al poeta Saint-Pol-Roux (1861-1940): "Se cuenta que todos los días, en el momento de disponerse a dormir, Saint-Pol-Roux hacía colocar en la puerta de su mansión de Camaret un cartel en el que se leía: EL POETA TRABAJA" y otras veces me acuerdo de la famosa expresión atribuida a Fassbinder que decía "Ya dormiré cuando esté muerto".

La Sexta Hora no trata de hablar del sueño o del dormir, sino de todo lo contrario, de vivir tan consciente como para que la realidad se experimente desde la relajación, desde una mirada casi contemplativa, que disfrute de los silencios, de la calma, de la sugerente imaginación del ensueño, de los espacios en blanco, de los huecos, espaciales y temporales, que genera un campo maravilloso de meditación.

Ahí sí conecto fundamentalmente con la obra de Helena, por eso me resulta tan fascinante, por eso me quedo absorto "*perdiendo el tiempo*" navegando por su web de cuidado acabado, dejo que mis ojos descansen en esas láminas llenas de vacío y que pretenden y consiguen relajar mi mente devoradora.

Es ahí donde me sorprende, donde me cautiva, donde me absorbe y me obliga a reflexionar sobre mi dispersión constante, sobre mi ritmo alocado, sobre tantas cosas que no sé si hago bien, que me sobrecoge. Me inquieta y me relaja. Es extraño. Es misterioso. Quizá ese sea el misterio y no el hecho estético de ir envuelto en una intachable edición negra de una delicadeza tal que me da "no sé qué" tocarlo con mis manos toscas y siempre algo sucias.

Abro la cinta roja, acaricio el título grabado en negro sobre negro, en la parte interior de la portada. No está su nombre. ¿Me quiere decir que el libro no es de nadie, que es de todos? Me parece un gesto humilde y sencillo. Todavía no puedo levantar la mirada del título brillante.

Encuentro un libro extraíble, una imagen de una manta que se pierde en la oscuridad: más misterio, el de bajo la manta y el de la oscuridad. Pero está cerrado: más misterio. Helena me obliga a romperlo, a violentarlo. Abrecartas o cuchillo de cocina. Ahora está roto, intervenido, abierto al mundo.

Siento una especie de ansia por meterme en las páginas, páginas de láminas cuyos bordes sugieren un trabajo manual, artesanal, objetual.

Da gusto tocarlo. Es agradable al tacto, al olfato. (Confieso que incluso lo he saboreado)

En un primer vistazo, disfruto con las imágenes, con los colores sutiles que se cuelan de cuando en cuando en las páginas, alternándose con mucho blanco, mucho mucho blanco, y negro y grises y algún texto que parece un mero motivo figurativo más, aunque da pistas... parece que quiere, otra vez, revelarnos un (otro) misterio.

Vuelvo a hojearlo, esta vez más despacio, dándome tiempo, regalándome tiempo. ¿Es lo que Helena quería?

Y hallo la narración, porque sí, el libro no es de imágenes, sino un poema que comienza placentero, sosegado, feliz, paradisíaco. Hasta que aparece la ciudad: lo urbano deshumanizado, de horarios imposibles. El poema deviene desgarrado, cotidiano y cruel. Comienza el texto a ser algo más que figuras: transforma las imágenes en exclamaciones, gritos.

El retrato se vuelve de masas y las masas trabajan sin parar, consumen estimulantes, pierden su foco, olvidan su voluntad, se contagian de tristeza que niegan con la acción acción acción, con diversiones banales, insostenibles, tan absurdas como visitar el mundo en siete días, entretenimiento, consumo compulsivo, vidas desperdiciadas, existencias alienadas que siguen una desenfadada carrera hacia la autodestrucción, luchando contra el tiempo, luchando contra el espacio, luchando contra todo lo humano... hasta explotar.

Pero hay salida: las últimas páginas encierran una visión esperanzadora, un horizonte posible, quizá más allá de la vida: regresa a mostrarnos un descanso que se pierde en la hierba que se pierde en el espacio artesanalmente cortado de la última hoja, tras la cual, al fin, Helena Fernández-Cavada escribe su nombre y el número del múltiple. La edición, de 300 ejemplares numerados lleva el guiño de un autorretrato y, posiblemente, otro en el cuerpo que reposa bajo la manta.

Termino el libro. Descanso. Abro el último misterio: la invitación a relajarme en una hamaca puntillista junto al mar.

Le agradezco su mirada y dejarme mirar a través de sus ojos.

Le agradezco la ternura y el cuidado, pero la contundencia y la claridad.

Le agradezco la sutileza de su discurso, la amable caricia de sus páginas.

Le agradezco haber sentido con varios de mis sentidos un libro, una experiencia, un rito, casi.

Le agradezco, sin más, su regalo.

Gracias.

*Giuseppe Domínguez
Madrid, 20110204*